

MARIO ESCOBAR



LA SECTA

UNA NUEVA HISTORIA DE CRÍMENES DEL NORTE

En esta nueva historia de Librada y Priscila, abuela y nieta tendrán que investigar a una joven integrada en una secta que se está haciendo con toda una aldea en Asturias. Mientras intentan desentrañar el gran poder que su líder tiene sobre el grupo, una serie de misteriosos crímenes está aterrorizando a la ciudad de Oviedo. Gracias a la genialidad de Librada y la perspicacia de Priscila llegarán a la conclusión que no se trata de un único asesino.

A todos los que buscan la Verdad
en medio de tantas dudas.

A las mujeres que jamás se conformaron.

AGRADECIMIENTOS

A los que no se suman al coro de acusadores.
A los que piensan por sí mismos.

PRIMERA PARTE

LÍDER

1. Madre

La religión muchas veces es una mezcla de sinsentidos, la construcción de los anhelos y temores que durante siglos han dominado los miedos del ser humano. Las tradiciones se convierten en algo tan incomprensible que, durante generaciones, se repiten sin que nadie se pregunte por su verdadero significado. El perdón y el pecado se confunden en medio de la algarabía, hasta que uno y otro parecen las dos caras de la misma moneda.

Priscila se sentó en la cama y miró al hombre que dormía a su lado, Juan Bueno parecía tan inocente en ese instante como si un ángel hubiera caído del cielo, el único problema era que se trataba del obispo de la ciudad de Oviedo. Mucho habían cambiado las cosas desde que Leopoldo Alas Clarín escribiese *La Regenta*, aunque los religiosos en busca de amores prohibidos y las damas con vidas aburridas y de carácter ingenuo continuaban existiendo. De hecho, se preguntaba si, en el fondo, ella no era una especie de versión actualizada de Ana Ozores. Hasta había conocido hacía poco a su particular Álvaro Mesía. De hecho, se llamaba también Álvaro, pero de apellido Cienfuegos.

La mujer se vistió en silencio y, antes de salir de la habitación, echó un último vistazo a Juan. No tenían futuro, casi ni presente, él nunca dejaría la Iglesia y ella jamás se lo pediría, tal vez por eso, ahora que el verano había pasado tranquila y pausadamente, entre la cama del obispo y la de Álvaro Cienfuegos se encontraba más confusa que nunca.

El país parecía arder en llamas, nada nuevo, las derechas y las izquierdas, en su versión extrema o casi extrema,

llenaban los titulares de los periódicos, las emisoras de radio y la televisión. Mientras la sociedad parecía sumirse en un sopor casi catatónico, como una larga y placentera siesta, el resto del planeta parecía descomponerse a toda velocidad.

Lo bueno que siempre hemos tenido los españoles es que somos capaces de disfrutar de la vida incluso en medio de una guerra o del mismísimo fin del mundo y eso, precisamente, había hecho Priscila. Sabía que “ya vendría el tío Paco con las rebajas” después, cuando la llegada del otoño recordase a los asturianos que la melancolía es la única forma de sobrevivir en invierno.

Priscila miró el teléfono, consultó el correo y dio un largo suspiro, llevaba tres meses sin ningún caso, lo que estaba provocando que su cuenta de ahorros se pareciera a la caja registradora de una mercería en un polígono industrial de tiendas chinas.

Los éxitos del último año habían quedado atrás, en verano la gente se olvidaba de crímenes y desgracias, iba a la playa, tomaba algo en las terrazas y los más privilegiados se daban un paseo por Europa o por el resto del mundo, para tachar un país más de su lista de sueños cumplidos. Para la mayoría viajar se parecía más a una carrera frenética por coleccionar imanes de nevera o billete de avión, que por ampliar y ensanchar su mundo. Ella misma había caído en la tentación y se había comprado un billete a Grecia con su amiga Margarita, la informática. Habían pasado una semana en Mikonos, isla mitológica donde Heracles había enterrado a los gigantes que había vencido en sus trabajos, pero que en la actualidad era una especie discoteca al aire libre en la que la juventud de media Europa jugaba a vivir como millonarios con el dinero de sus padres.

Su amiga Margarita se había enrollado con un alemán rubio, pero feo como un demonio; ella había conocido a

Álvaro, con el que se acostaba por las mañanas, que resultó ser vecino de Gijón, ironías de la vida.

Priscila tomó su coche y se dirigió a la residencia de la abuela. Librada no estaba pasándolo bien las últimas semanas, su enfermedad se agravaba por momentos y, en contra de lo que había imaginado, los dolores y secuelas eran terribles.

Aparcó cerca de la entrada y rodeó el edificio, la ventaja de la habitación de su abuela era que podía entrar por la parte de atrás sin ser vista, a veces no quería saludar a las enfermeras y a otros residentes que, a pesar de ser muy amables, no dejaban de hacerle preguntas sobre todos sus casos.

La puerta que daba al jardín se encontraba entornada, no hacía demasiado calor, su abuela adoraba el canto de los pájaros y el mar al fondo, que en medio del silencio de la noche se lograba escuchar susurrante.

Entró sin llamar, era uno de los privilegios de ser la única nieta de Librada y la niña de sus ojos.

—Hola truhana —dijo la abuela sin darse la vuelta, se encontraba sentada en una mecedora de cara al gran ventanal.

En los últimos tiempos, con los dolores tan fuertes, lo único que le ayudaba a recuperar el sosiego era aquel paisaje asturiano que parecía cincelado por la mano del mismo Dios.

—Abuela, hoy vengo más temprano.

—Ya veo, ¿es que has dejado al obispo para el arrastre y es temprano para el otro?

Priscila le contaba todo a su abuela, no había secretos entre ellas.

—No le llames “el obispo”, se llama Juan.

—¿Acaso no es obispo de Oviedo? No te preocupes, no es el primero ni el último que se remanga los hábitos. Es que lo del celibato es una canallada. ¿No sé qué mierdas les ha pasado siempre a los de la Iglesia con el sexo? Son

un panda de reprimidos y eso tiene que salir por algún sitio. Si no es por la mala leche, es por la mala follada. Mírate a ti, desde que tienes dos amantes siempre vas con una sonrisa en los labios. Es que un hombre es poco para tanta mujer.

Los comentarios de la abuela siempre eran agudos y burlones, como si se hubiera cansado de las tonterías y los convencionalismos sociales.

—No me siento muy orgullosa de lo que hago. Hasta hace un año me había acostado con dos hombres y en los últimos meses ya van...

—Cuatro, que te llevo la cuenta.

—Pues eso, muchos.

—No te preocupes, no eres la Bárbara Rey, que esa sí que se los ponía a Ángel Cristo mientras estaba con los leones. Hasta el Emérito se rendía a sus favores, aunque la verdad es que un Borbón nunca le hace ascos a nada, le sigue dominando la vena francesa.

Priscila se sentó al lado de la abuela y vio que no había tocado el desayuno.

—No puedo, cielito. Se me revuelve el estómago de pensar en comer nada. Con lo que yo he sido, ni la leche con galletas me entra.

—Si no comes...

Librada frunció la frente.

—Me voy a morir, dilo jodía, pero eso nos va a pasar a todos, únicamente es cuestión de tiempo. Pensamos que podemos burlar a la muerte, escapar de ella, escondernos tras el placer, pero siempre nos encuentra y ella es la que termina burlándose de nosotros.

La joven comenzó a comerse las galletas.

—¡Follar da mucha hambre! ¿Verdad, mi niña?

—¡Qué burra eres abuela!

—Mira, de eso sí que me arrepiento, a tu abuelo la fogosidad se le terminó a los quince años de matrimonio. No sé si fue solo conmigo, aunque era hombre cabal y me

hubiera enterado si me hubiera engañado. Esas cosas se notan. Nuestra vecina de enfrente, Fortunata, la mujer del rubio, el ferroviario, siempre hablaba de su Paco, le planchaba las camisas, hasta le lavaba los sobacos cuando regresaba del trabajo, pero su Paco era el cliente más conocido de Ventanielles, nunca me creí que ella no supiera nada, simplemente prefería no saber.

–Bueno, no he venido para hablar de mi vida amorosa, estoy un poco preocupada, desde hace casi tres meses que no tenemos ningún caso.

Librada se giró y después se detuvo un momento observando el fino rostro de su nieta.

–Hija, las cosas en la vida son así, siempre hay buenas y malas rachas.

–Pues esta ya es muy larga –dijo desesperada la joven, apenas había terminado la frase cuando sonó el teléfono.

Era demasiado temprano para tratarse de su madre, tampoco eran horas para que le llamase Álvaro. Le dio un vuelco el corazón al comprobar que el número era desconocido.

–Dígame.

–Buenos días, ¿es la agencia de Priscila...? Soy, bueno, una madre preocupada, mi hija lleva desaparecida todo el verano.

–¿Su hija? ¿Qué edad tiene?

–Bueno, cumplió en junio los dieciocho años.

–Entonces, no es un caso de desaparición, es mayor de edad.

–Pero, entonces... –La mujer se quedó callada un momento–. Sé dónde se encuentra mi hija, lo que quiero es que la saque de allí. Ese hombre es un farsante, un manipulador. ¿Me entiende?

–Lo cierto es que no, pero podemos vernos en mi oficina o donde prefiera y me lo explica todo.

–Ella está metida en una secta de esas orientales, le embaucó su profesor de filosofía, el muy mentiroso dejó

las clases en la universidad para crear un grupo, le llaman "el maestro".

–¿Cómo es su nombre?

–Aurora de Ordoñez y Caballero.

–Nos vemos dentro de una hora donde usted me diga.

–¿Puede venir a mi casa?

–Claro, cómo no.

–No tiene pérdida, es el Palacio del Fontán, está en la Plaza de Daoíz y Velarde.

–Claro, en una hora estoy allí.

Colgó el teléfono y su abuela se le quedó mirando.

–Esa era la duquesa, válgame, Dios. Pues tienes que sacarle unas buenas perras, que no hay nada más vetusto y retrógrado que la nobleza española, bueno sí, la monarquía.

2. Creencias

Mientras se dirigía al Palacio del Fontán Priscila no podía dejar de pensar en la profunda confusión en la que veía a la sociedad. Ella misma se sentía tan confusa, como si navegase en medio de un mar embravecido, arrastrada por las olas, sin una brújula moral que le dijera lo que estaba bien o mal. Su abuela era su único referente, una pequeña piedra a la que aferrarse para no ser sacudida por la corriente. Desde que investigaba los casos en su agencia había tenido que ahondar aún más en las podridas alcantarillas de la ciudad y cuando miraba a sus vecinos, caminaba por las calles o simplemente se asomaba a la ventana, se preguntaba qué oscuros secretos guardaban todos ellos: infidelidades, abusos, temores, deseos, miedos y envidias, la comedia humana estaba servida en todas sus increíbles facetas.

Aparcó cerca de la plaza y caminó hasta el palacio. Era un edificio suntuoso de estilo barroco, los sillares parecían inmutables al paso del tiempo, llevaba desde el siglo XVIII desafiando al tiempo y a la lluvia incesante de la ciudad.

La mujer llamó al telefonillo y esperó respuesta. No tardó en salir a recibirla una criada filipina, vestida con uniforme y cofia, a la antigua usanza, heredera de aquellas miembros del servicio que paseaban entre los parterres a finales del siglo XIX y principios del XX a los niños regordetes y rubicundos de la nobleza y de la alta sociedad ovetense.

Cruzaron un recibidor amplio, donde en el pasado se descargaban las carrozas y recorrieron un distribuidor con vistas al patio interior, la casa estaba impoluta, conservada

con gusto y en algunos sitios con un toque de modernidad.

Priscila pensó en lo que costaría mantener aquel edificio y, como diría su abuela, cuánto cobrar a la señora de la casa.

Subieron por una escalinata, durante el recorrido la criada no le había dirigido la palabra, al llegar a la puerta le cedió el paso y la joven entró en un salón amplio, que le recordaba al salón donde daba audiencia la reina Isabel de Inglaterra.

En un sillón del fondo estaba sentada una mujer de poco más de cuarenta años, delgada, con el pelo rubio y los ojos azules. No se levantó para recibirla, se limitó a extender la mano.

—Señorita Priscila, bienvenida a mi humilde morada.

Aquel comentario le hizo gracia a la detective, no tanto por la falta de humildad, como por lo impostado.

—Esta es muy buena hora para entrevistarnos, en estos momentos la casa parece tranquila, porque cuando los gemelos regresan del colegio y Gloria de la universidad el caos se apodera de todos.

La mujer le pareció altiva. Sus palabras rebuscadas y sus modales algo anticuados casaban muy bien con algunos poderosos de la ciudad, que seguían resistiéndose a parecer igual al resto de la plebe. Aún en Oviedo, cuando uno de estos grandes de España o viejos burgueses entraban en una tienda, los dueños se volcaban en ellos, dando de lado al resto de los clientes.

—Me importuna contarle los detalles, pero imagino que será como un sacerdote o un abogado, mantendrá el secreto profesional.

—Sí, claro, nada de lo que me cuente saldrá jamás de esta habitación.

—Eso espero, nuestros abogados están entrenados para este tipo de cosas, no sería la primera vez que mi familia para los pies a algún aprovechado. No se preocupe,

pagaré sus honorarios con generosidad. Lo que le pido es total discreción.

—Se lo garantizo, yo misma he sufrido el acoso de la prensa por mis casos y sé lo que significa.

La señora puso una media sonrisa, como si le hiciera gracia el comentario de la joven.

—No sabe lo que es llevar el peso de un título, de una estirpe sobre los hombros.

—Usted es duquesa del Parque. ¿Verdad?

—No hija, soy marquesa de Valderrazo, el palacio pasó a manos de mi familia hace menos de veinte años, el primer marques de Valderrazo vivió en el siglo XIX y la reina Isabel II le concedió el título, su nieto Alfonso XIII nos nombró Grandes de España, únicamente veinte casas tienen este honor.

—Entiendo.

—Pero bueno, no estamos aquí para hablar de mis títulos. Le explicaba todo esto porque soy consciente de que el peso de un apellido puede abrumarnos. Yo misma sentí esa presión cuando era joven y me temo que mi hija Mercedes es una cría débil e influenciable, igual que su padre.

—Me comentó que está en una secta.

—Eso creo. Mi hija estudiaba Filosofía y Letras, una verdadera pérdida de tiempo. Se encontraba en su primer curso, con dieciocho años recién cumplidos, cuando se quedó prendada de Eduardo Candado, un atractivo y joven profesor, del que estaban enamoradas todas las estudiantes. El profesor era un *coaching* de esos. Un orador profesional, como diría mi abuelo, un sofista. Dejó la universidad hace unos tres meses, muchos de sus alumnos lo siguieron y con el dinero que tenía de sus padres, al parecer su familia tenía empresas de armas, ha comprado un pequeño pueblo del interior de Asturias completamente abandonado y lo están reconstruyendo. No sé muy bien lo que creen, pero se llaman Familia Arcoíris y son unos ciento cincuenta miembros.

–No había escuchado nada sobre ellos.

–Tienen mucho dinero y el Principado de Asturias los protege, aunque ya somos varios padres los que hemos denunciado al líder y sus prácticas perniciosas.

–¿A qué prácticas se refiere?

La mujer parecía algo incómoda ante la pregunta.

–Todas las mujeres forman parte del séquito del líder, su deber es servirle y darle muchos hijos. Imagine eso en pleno siglo XXI, seguro que incumple media docena de leyes, pero yo no quiero esperar a las resoluciones judiciales, tenemos que sacar a mi hija de esa secta cuanto antes. ¿Lo ha entendido?

Priscila afirmó con la cabeza, era la primera vez que tenía un caso de ese tipo, no sabía qué podía hacer para convencer a una joven para que dejase un grupo de ese tipo, pero lo iba a intentar, de eso no cabía la más mínima duda.